

# JAÉN, UNA HISTORIA ESTÉTICA: LA OBRA DE CPK\*

Juan M. Molina Damiani

*No tengo más consuelo en vida  
que si no me vale el derecho, me valga la Piedad.*

Arnaut Daniel

Carmelo Palomino era un pintor de frontera, siempre con conciencia de sus contradicciones y derrotas. Vendía obra, sí, pero a su mostrador se acercaba poca gente. Sin entrar ahora en este particular —es de mal gusto hablar de negocios cuando de lo que esta tarde se trata es del feliz acontecimiento del arte, territorio que la sociedad de consumo vincula exclusivamente con el ocio—, lo cierto es que a día de hoy una sensación de remordimiento, de que todo acaso podría haber ido algo mejor, nos asalta cuando nos acordamos del caso que se le hizo a Palomino, a su obra, cuando aún no estaba concluida. Desde este lugar ingrato intentaré explicarles la victoria de Carmelo Palomino ante el paso del tiempo, esto es: la permanencia de su plástica. Producción, por cierto, pese a su dimensión preferentemente figurativa, nada literaria, visto que la pintura carmeliana es radicalmente vital, quiero decir: poética, de acuerdo con su genealogía superromántica. Así, sabido que dicha tradición se empeña en vivificar la realidad, en inyectarle vida al mundo, le fue fácil reparar a Carmelo Palomino en que realidad y deseo vienen a ser lo mismo, en que todo lo existente es insatisfactorio, en suma: en que su plástica estaba obligada a asomarse al territorio de lo real, allí donde el artista se plantea la alternativa más cruda, esto es: si vive para / de pintar o pinta por / para vivir. En cualquier caso, el proceso productivo de la obra de Palomino siempre

---

\* Con este texto presentaba Molina Damiani el 11 de mayo de 2015, en el Aula de Cultura de nuestra Diputación, su *Carmelo Palomino Kayser: pintor dialéctico, mirador de Jaén* [Jaén, Diputación Provincial / Instituto de Estudios Giennenses, textos preliminares de Francisco Reyes Martínez y Pedro A. Galera Andreu, nota de contracubierta de Guillermo Fernández Rojano, XX + 417 pp.], presentación en la que también intervendrían el profesor Galera Andreu, José Román Grima y el Presidente de la Diputación Provincial de Jaén.

obedeció a una gramática azarosa pero objetiva: así, tras una percepción intuitiva y automática de los sucesos de la vida, vislumbrados desde esa frontera que comparten vigilia y sueño, allí donde hace acto de presencia la memoria involuntaria y se suspende la intencionalidad del autor —esto es: desde ese punto inestable donde lo irracional tiene su lógica y el pensamiento analítico se muestra aporético—, las visiones resultantes de este primer momento irruptivo y puro, fruto de contigüidades, serán acto seguido formalizadas por nuestro artista mediante la construcción a conciencia de una serie de imágenes con semejanzas y correspondencias objetivas con el mundo.

Afincado en Jaén, Carmelo jamás se preocupó por ser original, la enfermedad infantil de la rebeldía: su empeño estético nunca fue otro que ser simplemente auténtico. Asumiendo sin complejos su condición de pintor local, sabía que la metrópolis, debido a los tópicos que les imponen a los artistas las grandes superficies de nuestra época, no es buen camino por el que adentrarse en el territorio de la autenticidad. No: no es Palomino otro pintor sintonizado con los acabados habituales de los artistas de su edad, sino un artista periférico, excluido de los repertorios generacionales al uso, en los que su obra tendrá lugar propio, seguro, así que pasen los años. Despreocupada de hacerse un hueco dentro de los tinglados construidos por los centinelas de la historiografía hegemónica, la ebriedad contenida de su estética siempre se mostraría intransigente con los fundamentalismos de las plásticas garrapiñadas de nuestros días: su vocación de artista conceptual —aquel que anda atento a lo trascendente fugitivo que se revela eterno—, condujo a Carmelo Palomino a distraerse de lo contingente, de lo ocasional anecdótico —las principales preocupaciones del pintor tardoimpresionista—, para atender lo permanente de la fugacidad de nuestro tiempo, al tanto de la distinción de Cézanne entre realismo de superficie y realismo profundo. Verifica lo que digo *Churumbelerías* —la pieza que figura en la cubierta del volumen que esta tarde presentamos—, adonde nos es dado contemplar una acción sucesiva, su intemporalidad recurrente, simultáneamente atendida por los asistentes a un concierto dominical en el Paseo de las Bicicletas del Parque de Jaén, suspendidos en la inmovilidad de sus silencios. Instantánea realista desde la que Palomino nos pinta la música, lo que se siente pero no se ve, si esta imagen suspensa nos deja oír los tránsitos efímeros de la luz cercados por las sombras del tiempo, también nos memoriza el color sedante del aire de la vida, su pátina invisible expuesta a la degradación del olvido. Al igual que la música siempre ha contribuido a mantener a salvo a la palabra poética, el pasodoble de Cebrián que vemos plásticamente tocar por

la Banda Municipal eterniza estas otras *Churumbelerías* de Carmelo, lava pública de un concierto de música en la calle y suspensa privacidad de cada uno de los asistentes a la audición, convergencia donde acaban en-simismándose, empastándose, el espacio de lo extremo —el superlativo de exterior, recordémoslo— y el tiempo de lo íntimo —otro superlativo, pero ahora de interior—, o lo que es lo mismo: el pasado revivido en un presente cuya duración se proyecta al porvenir.

Realismo trascendente y simbolismo radical el de este gran formato de Carmelo Palomino, paradigma de la sacralización de lo profano jienense llevada a cabo por su pintura, expresión contenida de la dialéctica moderna entre lo castizo y lo cosmopolita, manifestación sensible donde se suscitan las desapariciones y los fracasos de nuestro Jaén, un mar seco, con todos sus barcos hundidos a la vista, voraz, cainita y cate-to. Sí: pintando recuerdos olvidados, acaba certificando la obra Carmelo que el paso del tiempo embellece la verdad, a salvo siempre de la acción destructora del futuro, cuya sentencia desluce a tantas personas y cosas incapaces de sobreponerse a la maldición de los días. En efecto: el objetivismo plástico de Palomino construye un imaginario social atentísimo a los espacios de nuestra historia y a la naturaleza de nuestro tiempo: su alto octanaje humanista critica la opulencia que acentúa la pobreza, denuncia las injusticias que revelan la resurrección del despotismo y pone en tela de juicio la supersticiosa insensatez de cierto progreso, único narcótico de la anemia mental de una sociedad gestionada por patócratas que parecen haber pactado con la tiranía de las desigualdades. Al crear aquello que no existiría si su obra no nos lo hubiera mirado, Palomino construye estéticamente nuevas imágenes para uso de nuestra conciencia colectiva, entregándonos interrogantes desde su aparente inacabamiento, resolución que exige la participación de los espectadores, en algún caso, si no me equivoco, sujetos que no miramos estas obras sino que somos mirados por ellas, zarandeados desde el momento en que el ojo dialéctico de la pintura de Carmelo escruta no solo el conservadurismo burgués —un conservadurismo falto de sentido histórico— sino además ese otro conservadurismo de las clases dominantes cuyo sentido histórico las lleva no pocas veces a encastillarse en posiciones abiertamente feudales —si es que me permiten ahora pensarme la cita del Walter Benjamin que abre uno de los capítulos del volumen.

Dejando ahora de lado la dimensión política de la pintura de Palomino, obra seminal, en cinta, expansiva, que se constituye como reflejo claro del sistema nervioso de nuestra sociedad más cercana, vengan ahora para redondear mi intervención las palabras de otro intelectual mayor que

también muriera en la frontera entre España y Francia cuando el fascismo campaba a sus anchas por toda nuestra Europa. Al frente de otro de los capítulos de mi libro, es de don Antonio Machado y nos advierte de que «Entre el hacer las cosas bien y el hacerlas mal está el no hacerlas, como término medio, no exento de virtud». Sí: en estos tiempos de impacencias e improvisaciones, donde estar se antepone a ser, quede claro que el volumen que esta tarde hemos venido a presentar lo fui construyendo a través del tiempo porque hoy más que nunca urge encarar lo importante tranquilamente, con serenidad. Y más, sin duda, cuando se articula como un espacio plural de convergencias, un todo que hay que ir descubriendo entre los muchos bucles que esconden las aristas de sus páginas. Así, independientemente de que el rigor que me impuse para su realización se deje sentir o no en el resultado de la empresa, no dejen de moverse por sus contenidos, por favor, teniendo en cuenta que sus epígrafes —esto es: su «Nota previa», su «Carmelo Palomino Kayser: pintura pura y dura», su «Cronobiografía», su «Fortuna Crítica», su «Biblio/hemero/videografía», su «Catálogo 2015 de la obra de Carmelo Palomino Kayser», donde ya se contabilizan, por cierto, 1.183 piezas de su producción, y sus «Índices»— conjuntan un cuerpo cuya infinidad de recurrencias reconocen el volumen como todo unitario, en el que juegan un papel capital, por más señas, las ilustraciones de la obra de nuestro pintor, cada una puesta allí adonde era preciso, de acuerdo con el exigente montaje que demanda cualquier libro de arte que se precie.

Volumen vivo, compuesto de sucesivos fragmentos pero cuya sintaxis no es consecutiva sino simultánea, el hecho de sus contenidos se presten a ser leídos o consultados desde múltiples direcciones reconocerá a cada quien que se acerque a la obra su condición de coautor de la misma. Sí: la elasticidad estructural de *Carmelo Palomino Kayser: pintor dialéctico, mirador de Jaén* no solo tolera sino que exige, sépanlo, la activa participación de sus lectores: así, en tanto ustedes no reactiven con las experiencias de sus vidas el sentido vital de la pintura de Carmelo, mi aportación no significará prácticamente nada, por más que sus páginas tengan mucho de memoria documental —la de la beca que me concediera en su día el Instituto de Estudios Giennenses para ampliar el catálogo de la obra de nuestro pintor— y ensayen una interpretación de la partitura de Palomino que subraya su alcance ciudadano. Dimensión política que atienden tanto los relatos explicativos de mi cosecha cuanto determinados apuntes de los autores que rescata mi «Fortuna Crítica», capítulo misceláneo donde la producción del artista es diacrónicamente estudiada a lo largo de una serie de acercamientos cuyo interés acentúa el

hecho de que den noticia de la estatura del pensamiento crítico de nuestro santo reino desde 1968 hasta comienzos del presente siglo. A caballo de los datos y la teoría —de los datos que producen teorías; no de las teorías que generan datos—, se conforma este volumen como una lectura poliédrica de la plástica de Palomino, visión crítica acumulada que pone en entredicho cada una de las interpretaciones particulares de quienes comparecemos a lo largo de sus páginas en favor de la coral que todas las reunidas conjuntamente constituyen.

No pasemos por alto, en fin, que además de las lecturas diacrónica y sincrónica reunidas por la monografía, otra tercera, dialéctica, traen consigo sus páginas: contenida en la estética de Carmelo Palomino, siempre de largo alcance metahermenéutico, viene esta tercera interpretación a pensarse el sentido político que a día de hoy, cuando se cumplen quince años de la muerte del pintor, alcanza su plástica, que si jamás persiguió hacerse un hueco en la Historia ni convertirse en objeto de estudio de los historiadores del arte, he aquí que nos procura desde su encarnadura una imagen del devenir de la historia del Jaén último tercio del siglo XX. Sí: la obra de *CPK* aprehende la tensión epocal de nuestro tiempo por cuanto expresa estéticamente —esto es: desde sus resoluciones estilísticas, desde la materialidad de sus formas, no desde sus pormenores temáticos— la suerte de los perdedores del ayer inmediato o la de los de este hoy sin visos de haber llegado a su fin: los de nuestro Jaén vencido, una ciudad sin remordimientos entre la gente que ya tuvimos nuestro tiempo y hay que reconocer que fracasamos, demasiado nosotros otra vez, ya es hora de empezar serenamente a aceptarlo poco a poco. No: no lo duden: con la de Carmelo Palomino Kayser —un pintor que pinta pintura antes que palabras o cosas— estamos ante una obra cuyos contenidos históricos son efectos casi siempre de sus acabados plásticos, materias y formas nunca previstas de antemano por su hacedor, igual que las de este libro sacado adelante por nuestro tiempo, esto es: el suyo, el mío y el de todos ustedes —con el de Aurora Liébana en lugar destacadísimo, por supuesto.

Muchas gracias por su atención.